

Cartas en la cartuchera (conflicto pasional escrito)

- 74 Todo comenzó cuando llegamos del recreo. Yo tenía la sensación de que algo estaba diferente, pero no me imaginaba lo que me estaba por ocurrir. Busqué mi mochila para guardar el celular y apagarlo, porque la maestra dice que durante la clase los celulares deben estar apagados, como el de ella. Yo no sé si lo apaga; nunca le sonó, pero yo creo que lo deja prendido. Bueno, me estoy yendo por la tangente, y a mí la geometría me cuesta un montón y como mucho entiendo lo de los triángulos equiláteros, isósceles y escalenos; no, eran escalenos, eso, escalenos. ¿No te digo?, ya me distraje, y lo que quería contar era que había algo raro en mi banco, algo no estaba en su lugar. Mi lapicera con pelo verde estaba en su sitio, el cuaderno que había dejado sobre la

mesa también, y la cartuchera con forma de tubo de teléfono rosado... ¡tenía el cierre un poco abierto!

Traté de serenarme y por eso lo abrí del todo, dispuesta a ver si me faltaba algo, entonces la descubrí: había una cartita en mi cartuchera. El papel era blanco y con rayas, no tenía nada que me indicara de qué se podía tratar. Estaba doblado en cuatro y solo noté que tenía algo marcado de un tono gris, algo que bien podía ser un dedo sin lavar cerrando la carta. La abrí y miré de reojo por si alguien estaba espiándome; no sabía de qué se trataba, así que lo mejor era estar alerta. Cuando la leí el corazón empezó a correr como mi madre cuando vamos a última hora al supermercado y ya van a cerrar. Me puse colorada, lo sé, porque sentí un calor bárbaro en los cachetes y tuve que respirar hondo y volver a leerla.

Catalina, me gustás mucho.

Traté de disimular y la doblé y la guardé como si no me importara en lo más mínimo.

76 La maestra hablaba pero yo no la oía; lo único que podía hacer era mirar hacia el interior de la cartuchera y apenas abría un poquito el cierre el corazón me empezaba de nuevo a correr; tenía ganas de que tocara el timbre para leerla de nuevo. Tranquila, analizando cada palabra, cada letra, que por cierto era bastante horrible, tenía que averiguar quién me la



había mandado, aunque yo ya lo sabía, tenía un presentimiento. No podía haber sido otro, tenía que ser él.

Cuando sonó el timbre yo había copiado todos los deberes y como me voy en camioneta tengo que salir corriendo. Esta vez no me importó: salí volando, estaba deseando llegar a casa para llamar por teléfono a Gabi y contarle lo que me había pasado.

77

Me olvidé de decir que es mi amiga, que este año quedamos separadas porque hay dos quintos y a ella le tocó el otro, aunque igual somos muy amigas. Mientras iba en la camioneta prendí el celular y le mandé un mensaje para que se preparara para una noticia importante. En cuanto entré en casa el teléfono sonó y yo me fui al dormitorio y cerré la puerta. Era Gabi, obvio.

—¿Y quién te la puede haber mandado, Cata?

—¿Quién va a ser, Gabi? Tiene que ser Álex.

—Sí, pero Álex está en sexto y además me contaron que está de novio con Pía, la del otro sexto —insistió mi amiga.

—Es Álex, estoy segura. Además, hoy de mañana me habló en el comedor.

—¿Qué te dijo?

—“¿Me pasás el agua...?” Eso quiere decir algo, ¿no?

—Sí, que quería agua.

78 —No, Gabi, leé entre líneas, fue una manera de acercarse. Después lo cruzamos en el recreo, ¿te acordás? ¿Y qué me dijo? —pregunté a ver si mi amiga se avivaba.

—Te dijo... Te dijo...

—Me dijo que se terminaba el recreo y que me apurara.

—¡Tenés razón! Claro, estaba hablándote en clave, te había dejado la cartita en la cartuchera y quería que volvieras a la clase pronto. ¡Ay, me muero, Catalina! Es él, tenés razón. ¿Y qué vamos a hacer?

—Qué voy, qué voy a hacer, Gabi. No sé. Tengo toda la noche para pensar, algo se me va a ocurrir. Ahora te dejo porque tengo muchas cosas en las que reflexionar.

—Te entiendo, beso.

—Chau, beso.

No podía con mi ansiedad. Hice los deberes como pude, me bañé y cené pensando en una sola cosa: la cartita en la cartuchera, esa que tenía ahora debajo de la almohada y que había releído como un millón..., bueno, unas cuantas veces.

Al otro día salí para el colegio con una velocidad asombrosa, tanto que mi padre me preguntó si teníamos paseo o algo así, porque siempre me voy medio dormida y ese día parecía mi padre cuando empieza la licencia y no le dan los pies para ir como loco a buscar la caña de pescar. Bueno, ahorrando detalles, llegué a mi clase y me senté como siempre; bueno, un poco más atenta a la ventana que daba para el patio y desde donde se veía la clase de sexto en la que estaba Álex. A lo mejor se asomaba y lo descubriría espiándome, y entonces...

—Catalina, ¿me podés responder? —me dijo una voz conocida y lejana.

—¿Qué?

La maestra me miraba esperando una respuesta que evidentemente no llegó porque yo no tenía la menor idea de lo que me

había preguntado. Por suerte pasó a otro niño, porque lo que es yo, no tenía idea de la producción agropecuaria de la cuenca del litoral. Yo lo único que sabía era que el día anterior me habían dejado una cartita en la cartuchera. Cuando bajamos al comedor al mediodía abrí mi vianda y me senté con Gabi. A lo lejos descubrí el pelo rubio y lacio de Álex y el corazón otra vez entró a latir como loco.

—Cata, vos sabés que Álex es... es —empezó mi amiga.

—¿Que es qué? —me enojé.

—Mirá, yo escuché a la maestra Alicia hablando con la directora una vez y dijo que Álex era tremendo. Vos sabés: que no estudia, que tiene una letra horrible, que es un...

—¡Basta, Gabi! Eso no me interesa —la corté—. Tengo que aceptarlo como es.

—No, yo te entiendo, pero...

—Nada, no me hables más de su conducta. Ya lo sé —me enojé.

A mí lo único que me importaba era que me dijera algo; sin embargo, Álex no se dio vuelta ni una sola vez y volvimos a la clase. A media

tarde, cuando sonó el timbre del recreo, yo me sentía un poco decepcionada. Había esperado que me mirara o que hubiese buscado alguna excusa para acercarse. Salí al recreo un poco desilusionada, debo admitirlo, y caminé en dirección al baño a ver si encontraba a Gabi. Charlamos, dijimos alguna pavada, le mostré en el celular las fotos nuevas de mi perro, volví a contarle todo lo de la cartita y sonó otra vez el timbre.

81

Cuando entré a la clase sentí lo mismo que el día anterior, aquella sensación de cosquilleo, pero esta vez no me aguanté y corrí hacia mi banco. Miré la cartuchera y descubrí el pedacito de papel que asomaba. Había otra carta. Me tranquilicé y la leí.

Catalina, sos linda. A.

Quería gritar, quería saltar, quería..., no sé, ladrar, aullar, y sin embargo me quedé muda. Estaba supertranquila, estaba supersegura. La letra A lo decía todo: Álex era el más divino de todos y estaba superenamorado de

mí. ¡Y eso que yo estaba en quinto! No pude aguantar y pedí para ir al baño, tenía que leerla de nuevo. Me guardé el papel doblado como el día anterior y lo leí como veinte veces en el baño. Esa noche dormí con las dos cartas dentro de la funda de la almohada y soñé con el pelo lacio y rubio de Álex.

82

A la mañana siguiente me fui como una estampida, como mi hermano chico cuando mamá anuncia que hay brócoli con zanahorias y corre por toda la casa intentando escapar. Resumen: pasó la mañana, al mediodía me llevé por delante a un enano de tercero porque no lo vi y lo empujé sin querer en un cantero del patio, una maestra me rezongó, volvimos a la clase, salimos al patio y cuando terminó el recreo me lancé en palomita a la cartuchera. Lo que encontré me dejó alucinada, aunque espero que Álex me lo explique personalmente.

Catalina: te ciero mucho. A.

Adrián salió con la fila de tercero como todos los días. Estaba un poco dolorido por el golpe que se había llevado cuando Catalina lo empujó dentro del cantero y hasta las flores quedaron aplastadas, pero eso no le importaba. Un amigo se le acercó y le preguntó casi en un susurro:

—¿Le pusiste la cartita en la cartuchera?

—Sí —contestó.

—¿Y?

—Y nada, le puse que la quiero mucho. Me parece que ella también, porque hoy en el recreo me atropelló y me tiró en el cantero. Mañana le voy a preguntar si quiere ser mi novia.